

Tú no eres mi amiga, Ana.

Carmen Martinez

Nervios.



Capítulo 1

No se como empezar.

Siento el fuerte impulso de escribir, la necesidad insaciable de plasmar la interminable maraña de pensamientos poderosamente aleatorios que habita dentro de mi.

Será una epoca de cambios, (al menos yo prefiero refugiarme en creerlo asi)

No pretendo contar mi vida monotonas y no demasiado interesante, tampoco pretendo escribir una novela que relate una entrañable historia de amor imposible, o quizá un libro de autoayuda, eso estaría bien, un libro de autoayuda. Quizás necesite mirarme alguno de ellos y seguir sus predecibles patrones, necesito ordenarme.

Será eso, que necesito ordenarme. Esta frase resuena en mi desde Septiembre de 2017. No puedo decir que 2017 fuera para mí un año beneficioso, pero tampoco fue cruel, solo fue otro año más, que pasa con sus correspondientes 12 meses sin esperarte, y sin esperar a que te sientas realizada.

¿He tocado fondo? Será eso, que he sacado mis peores sentimientos, que me he querido poner a prueba, pero, ¿a prueba de que? A prueba de mi. Soy una tirana, soy mi peor versión. Soy mi enemiga.

Voy a intentar seguir un guión cronológico, voy a intentar ordenar diferentes hechos y pensamientos, voy a intentar poner en orden mi proceso evolutivo hacia el abismo:

Parece mentira que hayan pasado cerca de seis meses desde que todo comenzó, sigo apreciando como una boba el paisaje, sigo en mi rincón favorito de mi casa, sentada encima de una cama que no es mía (es de mis padres) en una habitación que tampoco lo es, pero siempre he sentido devoción por ella.

A mi izquierda se encuentra una mínima línea de Sol, que intenta invadir todo el cuarto, brillando con una fuerte luz rozando el tono anaranjado, que sin querer, le da un tono acogedor a toda la casa, desolando todo mi interior cada vez que me quedo totalmente inmóvil contemplándola sin el más mínimo cuidado.

Me siento estúpida, me siento vacía, ¿necesito una vida complicada? ¿necesito problemas de la sociedad actual? Me siento como mi adorada Amy Winehouse cuando decía que necesitaba problemas continuos para sacar todo su talento. Yo no conseguía entenderla, no comprendía como el

talento podía residir en el caos, en el desorden, en los problemas, pero así es, el talento residía en ella.

Carezco de hermanos, con los cuales podría haber aprendido a compartir lo material, el cariño paternal, la convivencia, quizás el mismo cuarto...

Por tanto, hasta la última gota de atención era mía, cualquier deseo que se me pasara por mi todavía infantil mentalidad, era abastecido de inmediato por mis maravillosos progenitores.

A eso me refiero, a que, debería sentirme aun peor de lo que ya me siento, tengo una vida maravillosa, (o ella me tiene a mí) con unos padres que me aman con locura, que me han impartido una educación basada en valores, para darme la capacidad de sentir y amar, de sufrir, de perdonar, pero nunca guardar rencor.

¿Me aburro? Seguro que es eso.

Tan cálida y perfumada ha sido mi vida, que solo me podía centrar inconscientemente en una cosa: mi peso.

¿TENGO UN PROBLEMA?

Desde que tengo el más mínimo conocimiento, he sufrido de forma innecesaria por ser demasiado observadora. Me podía quedar horas y horas congeladas para mí, observando algo que me despertaba interés para sacar unas conclusiones que se hacían un hueco en mí. Pero nunca llegaban a salir de mi boca, no era necesario.

De esa misma forma, me quedaba horas contemplando un espejo, el espejo que utilizo para echarme las típicas fotos a día de hoy con mis 17 años.

No esperaba que el espejo me respondiese, solo formulaba preguntas mudas que solo podía oír yo; ¿soy como los demás?

No. No puedes ser como los demás Carmen, mientras los niños se limitan a jugar tú te cuestionas cosas que no te incumben en tu día a día, te preocupas por ideas que nadie de tu edad se plantea, ¿cómo esperas encajar? Eres la oveja negra de todos los establos, vayas donde vayas.

Esa ha sido mi respuesta durante toda mi vida.

Hasta que un día me atreví a formular la pregunta que me atormentaría durante el resto de mis días hasta hoy; ¿por qué las demás están más delgadas que yo?

Fácil, porque tú estás gorda, y nunca vas a triunfar en ningún lugar pesando más de cuarenta y pocos kilos, acéptalo Carmen, aprende a ser una perdedora, una inteligente eso sí, pero jamás deseada por ningún chico que merezca la pena físicamente.

Esa fue la respuesta más convencible que supe darme.

Ojalá el espejo hubiese podido alegar algo contra esa respuesta propia que me golpeaba una y otra vez siempre que me miraba.

Pero no, nunca obtuve ninguna otra respuesta de ninguna otra persona, porque nunca formulé esa pregunta en voz alta.

UN BASURERO QUE ABRIGA

Pasaban los años, y esa pregunta parecía no querer volar de mi ser, le había resultado cómoda la estancia y me veía como una presa tremendamente fácil.

Pero aunque estaba alerta las veinticuatro horas del día, nunca dejé de ser una niña, y como tal podía presumir de tener cierta ignorancia y despreocupación en ciertos momentos de diversión.

Mi mente, que solo con apenas seis o siete años, estaba particularmente ajetreada, encontraba un alivio con el suave tono de voz de mi señora madre, cual oasis en el más seco desierto. Podía ser yo, mis miedos y preocupaciones no tan infantiles se veían sofocados siempre que pensaba en ellos estando con mi madre.

No sé que tiene esta mujer, que siempre que he buscado paz la he encontrado en ella. Ni siquiera me ha hecho abrazarla en la mayoría de los casos para que me pudiera transmitir la armonía.

Pero no siempre era tan calmada, al fin y al cabo es madre, y yo era un remolino con exceso de energía.

Pero dejemos las riñas maternas para otro momento, eso no es relevante.

Y así pasé mi infancia, me atrevería a describirla como un continuo devenir de ideas y críticas que recalcan sobre mi ser, no eran críticas constructivas, ni ideas con demasiado amor propio, eran las peores palabras que jamás nadie que no fuera yo podría decirme.

De forma inconsciente fui lanzando piedras sobre mi propio tejado, apuntando a mi misma con un arma de la cual era totalmente imposible

sobrevivir a su poderoso disparo.

Mi escudo no es irrompible, puedo romperme.

DETONANTE SIN RETORNO

Ira, rabia, impotencia, no puedo empezar esta etapa de mi vida de otra manera. Como me odio, cuanto desearía poder desaparecer sin dejar rastro, como si nunca yo hubiese existido en el mundo terrenal, solo hubiese sido un simple sueño, o pesadilla.

Algo en mi había despertado, mi cuerpo voló en mil pedazos dejando poco más que los cimientos para poder construir otro yo, otros sentimientos, un corazón de piedra, a prueba de amor o compasión. No me reconozco, me falta el aire.

Los primeros días fueron extraños, me costó acostumbrarme a mi nuevo cuerpo, a mi nueva forma de mirar el mundo. Todo se había vuelto azul, de vez en cuando la tonalidad se tornaba un poco más grisácea pero nada más, no conocía mayor emoción que la de sacar un sobresaliente en cualquier asignatura

Que no me hablaran de amor, para ese infierno no tenía tiempo. No hay nada más que decir sobre esto, pasaban los días monótonos y no echaba en falta el amor de ninguna persona, no lo necesitaba, ahora era más fuerte.

Empiezo a repudiar sitios donde antes me encantaba pasar mi tiempo libre. La habitación donde llevo viviendo 3 años ahora me ahoga, me molesta la convivencia con cualquier entidad humana, Dios, ni siquiera me soporto.

Debería comer algo, hace ya más de una semana que no me he echado nada solido a la boca, poco más que algún pinchazo aleatorio de una menestra de verduras que sabe realmente mal. Solo su olor es vomitivo, pero bueno, algo dentro de mi, como si de otra entidad se tratara, me reprimia cada vez que observaba la comida.

Segunda semana, esto se ha convertido en una rutina la mar de cómoda, ya ni siquiera frecuento el comedor, no lo necesito, no sé como la gente puede bajar todos los días, para tomar la insipida comida de este colegio.

Mi actitud es totalmente apatica, nada me produce ninguna emoción, respiro para estudiar mis correspondientes materias, acordándome de la meta que me propuse hace ya unos cuantos años, llegar a mi ansiada Medicina. Pero, la verdad, ya no me produce tanto deseo como antes, si

no llego a esa carrera, pues me intentare meter en otra, ¿qué más da?

Tercera semana, sigo sin sentir emoción alguna, lo que más me ha alimentado esta semana es el agua que tomo sin cesar, siempre tengo sed.

Siempre tengo frío, nunca jamás he sentido tanto frío como ahora, no puedo pasar una tarde entera sin tener al lado mi calefactor, al que consideraba más de fiar que casi todo el mundo que me rodeaba. No quiero tener amigos.

Mis padres me están molestando últimamente, no entiendo qué estoy haciendo mal. No soy esa clase de hija que llega drogada a casa, que suele dar problemas o les quita el sueño a sus progenitores. No Señor, esa nunca he sido yo.

Prosiguen, siguen advirtiéndome que quizá mi delgadez es excesiva, que algo está pasando conmigo, que mi pérdida de peso ha sido mucho más que notable.

Yo no lo veo así, ¿qué persona va a querer cerca a una gorda como yo? Nadie.

Cuarta semana, nada ha cambiado, mi casa se ha convertido en una hoguera con un fuego eterno, nunca se apaga, siempre se mantiene vivo. Cada pelea aviva más sus llamas, y quema todo lo que se encuentra a su paso.

Prefiero no salir de mi habitación entre semana, aprovecho para fumar en mi querida ventana en mi respetada soledad, la cual disfrutaba como nadie junto a mis libros y mis pensamientos de apatía y pasividad continua.

Ubeda no me parece tan bella desde hace ya varios días, o semanas, o quizá meses, no lo se con certeza, tampoco me interesa.

Los fines de semana eran parecidos, solo se caracterizaban por los altos alaridos de mis padres mientras se enfrentaban a alguien que se hacía llamar Carmen, porque esa ya no era yo. Ni siquiera tenía el control de mi propio cuerpo físico.

BIENVENIDA, ANA

Sin darme cuenta, me hice una poderosa amiga, que, mas que una amiga era una aliada, que me hacía sentirme bella, cuanto más delgada, más bella. O al menos eso me susurraba ella al oído.

Siempre que escapaba de la hora de comer o cenar, ella me esperaba con una manta y me arropaba, consolándome y diciéndome lo que quería oír, que todo estaba bien.

Me abrazaba hacia ella cada vez más fuerte, llegando a ser dueña de mi vida, o al menos de lo poco que quedaba de ella.

Me decía que las lagrimas que había derramado no eran en vano, formaba parte de un proceso hacia la perfección, que era largo, y se debía pagar un alto precio por alcanzarla.

Pero yo la creía ciegamente, era tan comfortable estar en esa burbuja de color cada vez más oscuro, sin que nadie me molestase, sin el más mínima sobresalto, sin nada. Solo Ana.

Ana sabía como buscarle solución a todo, era tan inteligente, nunca tenía fin, era avariciosa y le gustaba acabar el plan de la misma forma que lo había iniciado.

Cuando llegué a la villa de los 45 kilos de peso, Ana se sentía poderosa, y yo, me sentía completamente orgullosa de mí, de mis logros con tanto fundamento.

Por fin voy a conseguir estar esbelta para que alguien me quiera y me respete, ahora soy la chica más deseada por los hombres, ahora soy atractiva.

Gracias por nada, Ana.

PROBLEMAS EN EL PARAISO

Esto tiene que acabar Ana, mi psiquiatra dice que tú no eres mi amiga, que solo me haces perder más peso en tu malévolo plan, que solo me estás utilizando para cumplir tu fatal propósito.

A Ana esto no le gustó nada de nada, se negaba a irse, amenazando mis pensamientos con volver a sentirme fea, que gorda jamás ningún hombre me miraría, que no valía ni el más sucio céntimo, que sin ella yo no era absolutamente nada.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí miedo, Ana no es la que era, ya no me parece tan perfecta como antes, me hacía sentir estúpida y yo quería irme, pero ella no me dejaba.

Decido romper a llorar, ya no me queda paciencia, no me quedan animos, ni fuerzas, ni alegrías, no tengo metas por las que luchar, no quiero tener a nadie a mi lado, incluso mis padres me molestan, yo ya no quiero seguir con esto, Ana me está consumiendo y a mí

me da igual.

¿Quién soy yo?

No quiero tomar antidepresivos, me niego, yo no estoy loca, solo debo de comer para no preocupar a nadie y que me dejen tranquila, sigo sin querer saber nada de absolutamente nadie.

Ana aparece de vez en cuando para recordarme que comer está mal, que está prohibido y yo estoy pecando en su dura y estricta religión.